

La nación más poblada de la tierra y la segunda economía mundial sigue envuelta en incógnitas tras la celebración del XVIII Congreso del Partido Comunista

CHINA

se reafirma a largo plazo

Con el Congreso, celebrado en la primera quincena de noviembre, ha llegado al poder una nueva generación de políticos, pero los sustituidos no se han ido del todo, lo que supone un reparto de cuotas de influencia en el que se fundamenta la estabilidad de un Estado que a toda costa intenta evitar bandazos bruscos en el proceso sucesorio de sus dirigentes. Por lo demás, las especulaciones son libres y múltiples. En palabras de Manel Ollé, coordinador del Máster en Estudios Chinos de la Universidad Pompeu Fabra: «Podremos pasarnos semanas escrutando los signos cifrados en los nombres y los gestos del nuevo liderazgo, intentando deducir si el reformismo va a ser más o menos acelerado, más o menos estatalista, más o menos abierto o represor, si el nuevo líder conseguirá marcar perfil propio. Y al final seguiremos tan a oscuras como lo están los ciudadanos de China: gobernados por una elite que se reproduce al margen de las dinámicas de la sociedad».

Tras la elección de los miembros del Comité Central, estos designaron el último día del Congreso a los siete dirigentes del Comité Permanente del *Polítburó*, que serán la auténtica cabeza del mando supremo en China durante los próximos

años. Los nuevos líderes aparecieron en el escenario del Gran Palacio del Pueblo de Pekín, donde se celebraba el Congreso, por orden jerárquico, de acuerdo al ceremonial político tradicional. El primero, Xi Jinping, secretario general del PCCh, que culminará su liderazgo en marzo, cuando sustituya a Hu Jintao en la presidencia del Estado; y como virtual número dos y jefe del Gobierno ha sido designado el tecnócrata reformista Li Keqiang, considerado muy próximo al líder saliente, Hu Jintao.

Jinping presidirá también la Comisión de Asuntos Militares, lo que le da el control sobre el Partido y el Ejército, las dos fuerzas principales de China. En cuanto a Li Keqiang, su principal tarea será llevar adelante un modelo de desarrollo basado en el aumento del consumo interno, y no en las exportaciones, para elevar el nivel de vida de la población. A esto se añaden otros asuntos claves: acabar con la corrupción, un desarrollo interregional más equilibrado en las zonas del interior, dinamizar la producción de energías renovables, y alcanzar una mayor presencia financiera internacional, haciendo del yuan una moneda convertible. Los otros miembros del Comité Permanente del *Polítburó* son el viceprimer ministro Yang Dejiang; el jefe del PCCh en Shanghai, Yu



Ceremonia de clausura del XVIII Congreso del Partido Comunista Chino celebrada el pasado día 14 de noviembre.



Diego Azubel/EFE

Yengsheng; el jefe del aparato de propaganda, Liu Yunshan; el máximo responsable de la lucha contra la corrupción y encargado de la Comisión Central Disciplinaria del PCCh, Wang Qishan; y el gobernador de la ciudad de Tianjing, Yang Gaoli. Una lista considerada en general conservadora con tintes reformistas, sin que se esperen grandes cambios en la política de los últimos años. Se trata de un relevo continuista, del que no se esperan alteraciones en la línea ideológica, aunque se puedan producir transformaciones económicas importantes, ya que el modelo actual, sustentado en mano de obra y financiación baratas y un fuerte crecimiento de las exportaciones, muestra síntomas de agotamiento y está

produciendo crecientes desigualdades y tensiones sociales. En definitiva, habrá cambios graduales en el ámbito económico, y moderados en cuanto a la política exterior e interior, pero no reformas profundas que socaven el Sistema.

MODELO DE CRECIMIENTO

En el transcurso de este Congreso, determinante para fijar el rumbo económico-social y político en los próximos cinco años, la Comisión Nacional de Reforma y Desarrollo (CNRD) dejó en claro que los índices de crecimiento económico de China no experimentarán retroceso en los próximos años, pese al impacto de la crisis global en el resto del mundo. Para el año actual se espera que el PIB ronde

el 8 por 100 y en 2013 —según previsiones del Fondo Monetario Internacional— un 8,2 por 100, tras haber crecido un 10,4 en 2010 y un 9,3 en 2011. Sin embargo, Hu Jintao, tampoco se mostró totalmente triunfalista durante el discurso inaugural del Congreso, ya que el modelo de crecimiento actual muestra señales de asfisia, lo que obliga a ir buscando otro nuevo que tenga en cuenta la mejora del nivel de vida de los ciudadanos y la tendencia a una sociedad más justa e igualitaria. Algo que está de acuerdo con la resolución final del Congreso, que ha fijado para la próxima década la continuación del «socialismo con características chinas», una expresión oficial que designa la apertura económica y el

Acabar con las grandes diferencias sociales es el principal objetivo que se han propuesto los nuevos dirigentes

libre mercado bajo el control político del PCCh. «Tenemos que luchar —dijo Xi Jinping, en su primer discurso como máximo líder— por los deseos del pueblo de tener una vida mejor. China tiene que aprender del mundo y el mundo de China».

Los debates sobre este aspecto han sido quizá el punto más candente del Congreso y han girado, de acuerdo a la información de la agencia estatal de prensa Xinhua, en torno a tres pilares fundamentales: la igualdad de derechos, la igualdad de oportunidades y la igualdad ante la ley, lo que implica enfrentar el problema de las graves diferencias sociales producidas por los privilegios de las personas más ricas y los dirigentes de las empresas mayores de China. La corrupción, bastante extendida en las altas esferas chinas, está mermando la legitimidad del PCCh entre las capas más desfavorecidas de la población, y eso da impulso a las voces que alertan del creciente divorcio entre la minoría gobernante y amplias capas de la sociedad. Según el ex auditor general, Lin Jihua, el rápido enriquecimiento de los dirigentes y sus hijos es el principal motivo de descontento entre la población. Una separación que se hace palpable por la brecha existente entre los ciudadanos chinos de a pie y los máximos líderes políticos, que habitualmente residen en Yongnanhai, el enclave residencial secreto situado cerca de la Ciudad Prohibida, la antigua vivienda de los emperadores en Pekín. Una segregación que facilita la endogamia entre las máximas autoridades del Partido y del Estado y la corrupción de los llamados «príncipes», los hijos de veteranos del Partido situados en las altas esferas del poder político y económico.

Para hacer efectiva la transformación igualitaria, la nueva dirigencia deberá profundizar una serie de reformas económicas que tiendan a mejorar la calidad de vida, después de más de 30 años de un rápido crecimiento económico que ha dejado de lado factores sociales importantes. Pero todo ello deberá hacerse sin romper la estabilidad política del conjunto, algo que para los líderes chinos

no debe ocurrir jamás. «La tarea esencial para los próximos años —resumió a la prensa el viceministro de Asuntos Exteriores, Yan Kunsheng— es avanzar en la equidad social, el desarrollo sostenible y la protección del medio ambiente».

Los datos hechos públicos durante el XVIII Congreso muestran que las exportaciones han aumentado un 11 por 100 en los últimos meses, un periodo de tiempo en el que también se han acelerado las inversiones en infraestructuras y la producción industrial.



How Hwee Young/EFE

El recientemente elegido líder del Partido Comunista Chino, Xi Jinping, durante el Congreso que le encumbró.

PODERÍO INTERNACIONAL

Para muchos observadores, más allá del «cambio de guardia» que representa la elección del nuevo secretario general del PCCh, Xi Jinping, la cuestión clave ahora es saber si China apostará por imponer su dominio a escala global en el siglo XXI, o se limitará a ser un espectador atento de los asuntos internacionales, sin especial deseo de involucrarse en ellos mientras prosigue su vertiginoso

avance económico, que le llevará en los próximos años —según las previsiones de la OCDE— a superar el PIB de Estados Unidos. Las previsiones optimistas no parecen, sin embargo, exentas de conflictos con el bando Occidental que lidera Washington, especialmente en el terreno económico y de las restricciones comerciales, donde los expertos auguran una auténtica *guerra fría*, aunque esta vez, y por ahora, sin la amenaza de las armas de destrucción masiva.

En esta situación resulta paradójico que siendo China el mayor rival comercial de EEUU acumule más de tres billones de dólares en bonos del Tesoro estadounidense, lo que —en palabras de la secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton— convierte a Pekín en el «banquero» de la Casa Blanca, algo que Washington digiere mal, como demuestran las continuas quejas que ha interpuesto contra China en la Organización Mundial de Comercio (OMC) y las recomendaciones del Comité de Inteligencia del Congreso a las compañías norteamericanas para que no adquieran tecnología electrónica de las grandes firmas chinas, ni se fusionen con ellas. Una advertencia relacionada con el ciberspionaje, ya que en muchos congresistas norteamericanos persiste el síndrome del *peligro amarillo* y temen que estas empresas chinas puedan instalar artilugios espías o programas con virus en los equipamientos informáticos exportados.

Para afrontar los cada vez mayores desafíos de su proyección exterior, China botó en septiembre de 2012 su primer portaviones y aumenta de manera constante su poderío militar. «China —dijo el presidente Hu Jintao en el XVIII Congreso— debe convertirse en una potencia naval, mejorar su capacidad para la explotación de sus recursos marinos y defender resueltamente sus derechos e intereses marítimos».

La política exterior china, a medida que su potencial económico y militar aumenta, tiene tendencia a intervenir cada vez más en las cuestiones internacionales, con el objetivo último de equilibrar el sistema de gobierno mundial representa-

Nueva hornada

El jefe del Partido Comunista es un hombre de consenso y amplio bagaje político



How Hwee Young/EFEX

Reclutas del Partido Comunista Chino recién licenciados posan con uniformes del Ejército Rojo tras graduarse el pasado octubre.

Los 2.700 delegados del Congreso se han mostrado unánimes en reemplazar a la dirigencia saliente, encabezada por Hu Jintao, de 69 años, por una nueva hornada de políticos liderados por Xi Jinping, diez años más joven y nuevo secretario general del PCCh, lo que le convierte en hecho en el próximo presidente de China, un cargo que le será ratificado en la reunión anual de la Asamblea Popular (parlamento) prevista para marzo de 2013.

Para la mayoría de los observadores, Xi Jinping es un enigma, y tendrá que esperar un tiempo prudencial, entre uno y dos años, hasta afianzar su poder y marcar su propia agenda. La revolución comunista (1949) triunfó en China cuando él todavía no había nacido, y esa diferencia generacional con respecto a la vieja guardia de líderes podría hacerle más aperturista, aunque, por ahora, todo sean especulaciones. El nuevo líder sufrió los desastrosos efectos de la Revolución Cultural maoísta (1966-1976). Su padre, funcionario destacado, fue purgado, y Jinping tuvo que marcharse a vivir al campo siendo muy joven.

Xi Jinping es considerado un hombre de consenso entre las diversas facciones de moderados, radicales y tecnócratas mezcladas en el Partido. Una cualidad necesaria para mantener la esencial unidad política como contrapunto a las tensiones sociales creadas por el rápido desarrollo económico, que han aumentado el foso de las diferencias entre ricos y pobres. El recuerdo de las dramáticas consecuencias y las profundas divisiones creadas por la Revolución Cultural maoísta empuja a la dirigencia china a buscar decisiones colegiadas y evitar las confrontaciones entre las diferentes corrientes y líneas

dentro del PCCh, que no parece dispuesto a embarcarse en ningún experimento de reforma política que merme su poder actual, en contraste con la amplia liberalización que vive el país en lo económico.

De acuerdo con esta visión, Xi Jinping deberá hacer de contrapeso entre las diferentes facciones y vigilar ante todo que el desarrollo económico, que impulsa la dinámica de mercado y fomenta la propiedad privada, no haga crujir el entramado de ortodoxia comunista en lo político. Para Xulio Ríos, director del Observatorio de la Política China, los nuevos dirigentes chinos deberán responsabilizarse de una etapa clave del proceso de modernización y definir el rumbo del país, tomando en consideración factores tales como la mayor influencia de las clases medias en una sociedad ya mayoritariamente urbana o el auge de Internet.

Los nuevos dirigentes elegidos en el XVIII Congreso son los herederos de los fundadores de la República Popular. Se trata de una nueva *nomenklatura* que ocupa los cargos de máxima responsabilidad en el Partido Comunista, el Estado, el poder regional, las grandes empresas estatales, los bancos y las finanzas. Casi todos ellos fueron purgados durante la Revolución Cultural, aunque igual que ocurrió con Den Xiaoping, el artífice de la reforma que permitió el avance económico, fueron rehabilitados a lo largo de la década de los setenta. Un ejemplo de la nueva clase dirigente es Bo Xilai, personaje al que se auguraba un gran futuro político y cuyo nombre saltó a los medios de comunicación occidentales cuando su esposa mató a un hombre de negocios británico. La mujer fue sentenciada en agosto a la pena de muerte, aunque la condena ha sido suspendida por dos años, y Bo Xilai, que había acumulado una enorme fortuna, ha sido expulsado del PCCh y espera ahora ser juzgado por abuso de poder, corrupción y ocultamiento de asesinato.

La corrupción imperante podría estar vinculada también a la información aparecida el pasado octubre en *The New York Times*, que atribuye a la familia del ex primer ministro chino, Wen Jiabao, una riqueza superior a los 2.100 millones de euros.

El amplio entramado de contactos y corrupción entre las familias de la *nomenklatura* china causa un gran malestar en la mayoría de la población y en militantes del PC salidos de las clases populares que a través de la Liga de la Juventud han escalado posiciones hasta el

máximo organismo de decisión política: el Comité Permanente, elegido entre los miembros del *Politburó*, cuyo poder emana teóricamente de un Comité Central de 198 funcionarios titulares y 156 suplentes. El PCCh, con 82 millones de miembros de una población de 1.350 millones de personas, ha tejido una espesa red de contactos y es la fuerza invisible que impregna todo en la política y la economía chinas.

Muchos de los líderes elegidos son hijos de políticos que padecieron purgas



How Hwee young/EFE

Un soldado chino coloca la gorra a un compañero en la plaza de Tianamen antes del comienzo de una sesión plenaria del Congreso Nacional del Pueblo.

do por EEUU y sus aliados, y avanzar —según ha dicho Xi Jinping— hacia un nuevo ordenamiento internacional «más justo y equitativo». Desde 2008 —cuando Pekín canceló la cumbre con la Unión Europea durante la presidencia francesa, al anunciar el presidente Sarkozy que se reuniría con el Dalai Lama—, China está mostrando mayor firmeza en el campo internacional en todo lo que afecta al mantenimiento de su integridad territorial, y especialmente en sus reclamaciones en los mares próximos.

Las relaciones con Estados Unidos tienen, y seguirán teniendo, una importancia decisiva para el mantenimiento de la paz mundial. Washington y Pekín son socios y rivales a la vez en una serie de cuestiones que abarcan el ámbito comercial (con un superávit de casi 300.000 millones de dólares en 2011 a favor de China), y militar en la región Asia-Pacífico, sin olvidar otras diferencias sobre derechos humanos, cuestiones monetarias, propiedad intelectual o el apoyo chino a regímenes enfrentados a la política norteamericana, como ocurre con Irán y Siria. China es el mayor importador de petróleo iraní y pide resolver por medios diplomáticos la crisis creada por el desarrollo nuclear de Teherán.

Con respecto a Japón, las tensiones históricas y políticas entre los dos países no impiden a China ser el mayor socio comercial de Tokio, con un intercambio

bilateral que ascendió a cerca de 343.000 millones de dólares en 2011. En Corea del Norte, China hereda unas negociaciones sobre el programa nuclear de Pyongyang que ahora están paralizadas y serán fuente de problemas futuros por las reticencias de Japón y de Estados Unidos al desarrollo de misiles de largo alcance norcoreanos.

Las vinculaciones entre China y la UE progresan de manera constante desde hace varios años. Ambas partes consideran que no existen actualmente diferencias graves que perjudiquen esa relación, y comparten la visión de un «desarrollo pacífico» en un mundo «multipolar», que no dependa exclusivamente de la influencia norteamericana. La UE es el mayor socio comercial de China, con un volumen de transacciones que se ha cuadruplicado en los últimos diez años hasta alcanzar los 428.000 millones de euros el año pasado.

Pekín mantiene diversos litigios con sus vecinos por la posesión de varias islas

La baza más importante de la política exterior china se juega actualmente en los mares del sur de China y de China oriental, donde desde hace varios meses empeoran las disputas sobre la soberanía de esas aguas. Un desarreglo que conduce a desacuerdos serios con países de la zona como Japón, Filipinas, Vietnam, Taiwan, Malasia y Brunei, con riesgo de conflicto armado. El área en discordia es rica en recursos energéticos y pesqueros, ya que por ella discurren vías de navegación vitales para el comercio mundial que unen el Pacífico con el Índico. China se opone a la internacionalización de los diferendos en la región y desea resolver los diferentes problemas mediante negociaciones bilaterales con cada uno de los países involucrados.

El conflicto en los mares de China, que amenaza el débil equilibrio entre Pekín y Tokio, se ha recrudecido desde abril de 2012, cuando ocho barcos de pesca chinos fueron detenidos por guardacostas filipinos cerca del arrecife de Scarborough. Poco después, Vietnam anunció nuevas medidas para reforzar sus pretensiones soberanistas sobre las islas Spratley y Paracels, disputadas por China. El pasado mes de septiembre se reavivaron las tensiones en torno a una serie de islotes deshabitados, que los japoneses denominan Senkaku y los chinos Diaoyu, surgidas cuando el gobierno nipón anunció la nacionalización de tres de estas islas después de comprarlas a sus propietarios privados. La protesta del gobierno chino dio paso a una serie de manifestaciones anti japonesas en muchas ciudades chinas, a lo que se añadió el envío de guardacostas a la zona en litigio. Según la guardia de fronteras japonesa, fueron cuatro las patrulleras chinas que se acercaron a los islotes. Una incursión que el gobierno de Tokio declaró «absolutamente inadmisibles», exigiendo a China la retirada inmediata. A esto Pekín replicó que se trataba de un patrullaje ordinario para «salvaguardar la soberanía del país».

La oleada de manifestaciones anti-japonesas desatadas a raíz de este conflicto, además de resucitar las viejas rencillas y despertar el fervor nacionalista chino, motivó el cierre de importantes empresas japonesas en China, para evitar incidentes. También la embajada de

La gran importancia estratégica del Mar de China se potencia por las inmensas riquezas de petróleo y pesca

Japón en Pekín sufrió las iras de los manifestantes y fue atacada con huevos por miles de personas que coreaban «las Diaoyu son chinas» o «recordemos el incidente de Mukden», en referencia al suceso que propició en 1931 la invasión japonesa de Manchuria y desencadenó en 1937 la guerra entre ambos países.

ISLAS DE DISCORDIA

Las islas Diaoyu-Senkoku están situadas a unos 400 kilómetros al oeste de la isla japonesa de Okinawa, ocupan una superficie de poco más de seis kilómetros cuadrados y se cree que su plataforma marina puede almacenar importantes yacimientos de petróleo. La disputa en torno a ellas se remonta a la década de los años 70 del pasado siglo, aunque Japón afirma ser el poseedor de los islotes desde 1895, y subraya que antes de esa fecha no pertenecieron a nadie. Una tesis que Pekín rebate, insistiendo en que formaban parte del Imperio chino desde hace seis siglos y que incluso se identificaban como territorio de China en los mapas japoneses de finales del siglo XVIII, aunque tras la II Guerra Mundial los islotes quedaron en poder de Estados Unidos, que los transfirió a Japón en 1972. Pero desde la salida de los norteamericanos, China y Taiwan reclaman la soberanía, y a pesar de las tensas relaciones con Taiwan, el gobierno chino admite que algunas de esas islas son parte del territorio taiwanés anexo a la ciudad de Tucheng, en la región de Yilan. Para Japón, en cambio, Diaoyu-Senkoku pertenece por entero a la municipalidad de Ishigaki, integrada en la provincia de Okinawa, y rechaza cualquier acuerdo que pudiera lograrse entre Pekín y Taipei favorable a las reivindicaciones chinas.

Conscientes de la delicada situación creada, representaciones diplomáticas de alto nivel chinas y japonesas mantienen desde finales de octubre negociaciones secretas en Shanghai encaminadas a normalizar las relaciones bilaterales, y cuyo resultado permanece indeciso. La contienda por Diaoyu-Senkoku parecía olvidada hasta que el

ultranacionalista gobernador de Tokio, Shintaro Ishiara, anunció que deseaba comprar el archipiélago, que estaba en manos privadas. Para impedir que las islas quedaran en poder del gobernador, el gobierno nipón declaró que compraría las islas por 20 millones de euros, lo que recordó a los chinos que ellos habían sido los dueños del archipiélago durante la época imperial, un dato que apenas fue recordado hasta 1895, cuando Japón se anexionó formalmente los islotes para construir una planta procesadora de atún, pero ese negocio no prosperó y el territorio insular quedó deshabitado.



Francis R. Malasig/EE



Luong Thai Linh/EE

Arriba, una de las islas Spratly. Debajo, vietnamitas se manifiestan contra China por la soberanía de este archipiélago.

Otro diferendo territorial importante afecta a las islas Spratly y Paracel, situadas en el Mar de China meridional, en la zona del Pacífico que comunica con el océano Índico en el sudeste de Asia. Este mar cubre un área de más de un millón y medio de kilómetros cuadrados y sus aguas bañan las costas de Brunei, Camboya, China, Filipinas, Indonesia, Malasia, Tailandia, Singapur, Vietnam y Taiwan, además de unas 200 pequeñas islas y arrecifes que forman las islas Spratly y Paracel.

La gran importancia estratégica del Mar de China meridional se potencia por las inmensas reservas de petróleo y los abundantes recursos pesqueros que se le atribuyen, y que son de importancia capital para la economía china, muy necesitada de importar hidrocarburos para sostener el ingente desarrollo económico de las últimas décadas. Eso convierte al entorno de Spratly y Paracel en piezas codiciadas dentro del juego estratégico regional. Se estima que en 2025 el consumo de petróleo en la región será de unos 34 millones de barriles diarios, y deberá ser importado necesariamente desde Oriente Medio o África por el Estrecho de Malaca. En la actualidad, cerca de las Spratly navegan diariamente casi 300 barcos, más de la mitad del tráfico mundial de buques tanque, y el 80 por 100 del petróleo consumido por Japón.

El archipiélago Spratly ocupa una posición central en el Mar de China meridional y está formado por unas 100 islas coralinas de baja altura situadas a unos 640 kilómetros de las costas de Vietnam, 1.200 de la isla china de Hainan, y a solo 25 kilómetros de Borneo. El archipiélago abarca una superficie marítima de unos 175.000 kilómetros cuadrados, pero su extensión terrestre es diminuta, de solo 19 km², y aunque está deshabitado y no dispone de puertos, cuenta con cuatro pequeños aeropuertos. Tanto la Unión Europea, como Japón y Estados Unidos han reafirmado su deseo de alcanzar una solución pacífica en el conflicto que incluya el libre tránsito marítimo.

Fernando Martínez Láinez